



MEDITAR · CONTEMPLAR · NACER

LA VIDA SE CONSTRUYE, NO SE RECIBE

2014


NASCENCIA
El germen cierto de una novedad

Nascencia
El germen cierto de una novedad

www.nascencia.net
nascenciaeditores@gmail.com

Bogotá - Colombia

La tarea del Año Nuevo constituye un espacio de celebración en el tiempo, camino de Belén, con el objeto de innovar y construir.

Es necesario descubrir su sentido autoconstructor y la invención de un proyecto de vida.

Un tiempo donde la palabra inventa la memoria.

Una situación que despierta en nosotros la pasión por autoconstruirse y aprender.

Nasín cando as prantas nasen,
no mes das froles nasín,
nunha alborada mainiña,
nunha alborada de abril...

Nací en el mes de las flores,
cuando las plantas nací,
en una suave alborada,
una alborada de abril...

(Rosalía de Castro, *Cantares gallegos*, Akal, Madrid, 2000, p. 36)

La clave de la existencia del hombre en el mundo está en la experiencia
anímica del sentido simbólico, cuyo arquetipo es el amor.

(Andrés Ortiz-Osés, *Amor y sentido. Una hermenéutica simbólica*,
Anthropos Editorial, Barcelona, 2003, p. 249)

Ser persona es haberse inventado el ser causa final de todo.

(Juan David García Bacca, *Cosas y personas*, Fondo de Cultura Económica,
Caracas, 1977, p. 82)

Por mucho que un hombre valga, nunca tendrá valor más alto
que el de ser hombre.

(Juan de Mairena, "Introducción", *Poesías completas*, Espasa, Madrid, 2003, p. 9)

Estos días azules y este sol de la infancia.

(Antonio Machado, "Poesías de guerra", *Poesías completas*,
Espasa, Madrid, 2003, p. 466)

Nunca lo establecido podrá cerrar el paso de lo que nace.

(Eduardo Chillida, *Escritos*, La Fábrica Editorial, Madrid, 2005, s.p.)

La palabra ha de llevar el lenguaje al punto cero,
al punto de la indeterminación infinita, de la infinita libertad.

(De un diario anónimo)

Casi llevo prestada la esperanza

Casi llevo prestada la esperanza

No creo en el color
de las espigas y las uvas.

No creo ni en el aire
porque el aire también
suele mentir de vez en cuando.

Me molestan los ruidos
que en forma de palabras
van llenando la calle y la taberna.

Quiero cambiar tristezas por ideas
para repartirlas o venderlas
en las paradas de los autobuses.

He convertido el silencio
en mi novio formal por una noche...

Solo ese niño sucio
que pide limosna a la puerta de un cine
me hace pensar, a veces,
que también el amor
florece en primavera.

(María Luisa Barea, *El agua en la palabra*,
Visión Libros, Madrid, 2013, p. 15)

Pensar rompe la roca de cuanto constituye un obstáculo en la construcción de la vida.

Experimentar confirma que el camino es posible.

Imaginar recoge el ámbito de las posibilidades para decidir cuál es su destino.

Nacer es una salida al espacio exterior, al ámbito de lo extraño, lo desconocido y la espera. Pero, sobre todo, es asumir la iniciativa de algo que lo identifica permanentemente como decisión y destino.



LA PALABRA POÉTICA
MUESTRA OTRA DIMENSIÓN
DE LA REALIDAD

En las noches mestizas que subían de la hierba,
jóvenes caballos, sombras curvas, brillantes,
Estremecían la tierra con su casco de bronce.
Negras estrellas sonreían en la sombra con dientes de oro.

Después, de entre grandes hojas, salía lento el mundo.
La ancha tierra siempre cubierta con pieles de soles.
(Reyes habían ardido, reinas blancas, blandas,
sepultadas dentro de árboles gemían aún en la espesura).

Miraba el paisaje, sus ojos verdes, cándidos.
Una vaca sola, llena de grandes manchas,
revolcada en la noche de luna, cuando la luna sesga,
es como el pájaro toche en la rama, “llamita”, “manzana de miel”.

El agua límpida, de vastos cielos, doméstica se arrulla.
Pero ya en la represa, salta la bella fuerza,
con majestad de vacada que rebasa los pastales.
Y un ala verde, tímida, levanta toda la llanura.

El viento viene, viene vestido de follajes,
y se detiene y duda ante las puertas grandes,
abiertas a las salas, a los patios, las trojes.
Y se duerme en el viejo portal donde el silencio
es un maduro gajo de fragantes nostalgias.

Al medio día la luz fluye de esa naranja,
en el centro del patio que barrieron los criados.
(El más viejo de ellos en el suelo sentado,
su sueño mosca zumbante sobre su frente lenta).

No todo era rudeza, un áureo hilo de ensueño
se enredaba a la pulpa de mis encantamientos.
Y si al norte el viejo bosque tiene un tic-tac profundo,
al sur el curvo viento trae franjas de aroma.

(Yo miro las montañas. Sobre los largos muslos
de la nodriza, el sueño me alarga los cabellos).

(Aurelio Arturo, "Morada al Sur I", *Poetas colombianos*,
La Otra y Universidad Autónoma de Nuevo León, México, 2012, pp. 34-35)

Absortos, en sus mesas de caoba,
Algunos ciegos recorren como a un piano
Los libros, blancos libros que describen
Las flores Braille de remoto perfume,
La noche táctil que acaricia sus dedos,
Las crines de un potro entre los juncos.
Un desbando de palabras entra por las manos
Y hace un dulce viaje hasta el oído.
Inclinados sobre la nieve del papel
Como oyendo galopar el silencio
O casi asomados al asombro, acarician la palabra
Como un instrumento musical.
Cae la tarde del otro lado del espejo
Y en la silenciosa biblioteca
Los pasos de la noche traen rumores de leyenda,
Rumores que llegan hasta orillas del libro.
De regreso del asombro
Aún vibran palabras en sus dedos memoriosos.

(Juan Manuel Roca, "Biblioteca de ciegos", *Poetas colombianos*,
La Otra y Universidad Autónoma de Nuevo León, México, 2012, p. 227)

Empotrado en la noche de la alcoba,
el espejo
tiene la lucidez de los oráculos.
Sobre la superficie de su luna
la muchacha desnuda
va escribiendo los signos del deseo.
Abre a sus aguas duras los muslos, y en la sombra
del reflejo se busca, sorprendida.
Sobre el seno, como un pequeño oprobio,
brilla una cicatriz. Y pareciera
que en su mórbida carne adolescente
la muerte hubiera dado su primer dentellada.

(Piedad Bonnett, "La cicatriz en el espejo", *Poetas colombianos*,
La Otra y Universidad Autónoma de Nuevo León, México, 2012, p. 254)

Primero está la soledad.
En las entrañas y en el centro del alma:
ésta es la esencia, el dato básico, la única certeza;
que solamente tu respiración te acompaña,
que siempre bailarás con tu sombra,
que esa tiniebla eres tú.
Tu corazón, ese fruto perplejo, no tiene que agriarse
con tu sino solitario;
déjalo esperar sin esperanza
que el amor es un regalo que algún día llega por sí solo.
Pero primero está la soledad,
y tú estás solo,
tú estás solo con tu pecado original –contigo mismo–.
Acaso una noche, a las nueve,

aparece el amor y todo estalla y algo se ilumina dentro de ti,
y te vuelves otro, menos amargo, más dichoso;
pero no olvides, especialmente entonces,
cuando llegue el amor y te calcine,
que primero y siempre está tu soledad
y luego nada
y después, si ha de llegar, está el amor.

(Darío Jaramillo, "Poemas de amor 13", *Poetas colombianos*,
La Otra y Universidad Autónoma de Nuevo León, México, 2012, p. 245)

El recuerdo no es un mueble viejo
que se mira a veces al pasar,
se roza de cuando en cuando
y se le limpia el polvo alguna tarde.
El recuerdo tiene vida,
respira, busca, interroga, acecha.
Recoge cosas por el camino,
inventa calles y palabras,
bebe de la luz, de los desastres.
Se mira en un espejo compasivo,
se alimenta del deseo.
Puebla nuestra vida a su antojo,
no tiene geografía conocida.
Nadie sabe cuándo comienza un recuerdo, nadie sabe
si esta mañana y su luz serán recuerdo.

(María Mercedes Carranza, "Preguntas a un recuerdo I", *Poetas colombianos*,
La Otra y Universidad Autónoma de Nuevo León, México, 2012, p. 222)

El enamorado busca su amor aún allí en donde sabe que no está,
como el aventurero busca su tesoro aún allí en donde no se encuentra,
y así como el hombre busca a Dios en toda parte y lugar sin hallarlo
nunca,
aún apostado esperando en los huecos de la esquina de la sala, por donde
salen los ratones,
y muere con la sonrisa del que no encontró nada pero buscó mucho,
hasta morirse.

Así yo he venido hoy domingo y te espero sentado en un pedazo de sol.
Días y noches de búsqueda por los más ignorados lugares,
preguntando en altas casas desde cuyos umbrales se divisa a lo lejos la
ciudad entre la bruma,
con el objeto de obtener un dato, una pista para seguir tu rastro y dar con
el lugar de tu paradero,
oh tú, por quien el pastor daría sus noventa y nueve ovejas restantes.
Aquí pongo a secar al sol los paños de mi angustia más íntima.
Buscadora de ausentes mi soledad quiere comerse su propio amargo
vientre.

Y hoy domingo busco en tu nombre antiguo y en tus ojos asiáticos el
tiempo,
Mientras los siglos pasados me levantan, con peligro de Dios, en brazo
inmenso.

Pero tus bellos ojos no aparecen...y me voy a cansar.

(Jaime Jaramillo Escobar, "La búsqueda", *Poetas colombianos*,
La Otra y Universidad Autónoma de Nuevo León, México, 2012, p. 149)

¿Quién convocó aquí a estos personajes?
¿Con qué voz y palabra fueron citados?
¿Por qué se han permitido usar
el tiempo y la substancia de mi vida?
¿De dónde son y hacia dónde los orienta
el anónimo destino que los trae a desfilar frente a nosotros?
Que los acoja, Señor, el olvido.
Que en él encuentren la paz,
el deshacerse de su breve materia,
el sosiego a sus almas impuras
la quietud de sus cuitas impertinentes.
No sé, en verdad, quiénes son,
ni por qué acudieron a mí
para participar en el breve instante
de la página en blanco.
Vanas gentes estas,
dadas, además, a la mentira.
Su recuerdo, por fortuna,
comienza a esfumarse
en la piadosa nada
que a todos habrá de alojarnos.
Así sea.

(Álvaro Mutis, "Invocación", *Poetas colombianos*,
La Otra y Universidad Autónoma de Nuevo León, México, 2012, pp. 98-99)

LOS HOMBRES SE ECHAN A LAS CALLES
para celebrar la llegada de la noche

un son de flauta entra delgado en el oído
y otra vez son las plazas lugares de fiesta

donde las niñas que cruzan con la espalda desnuda
las miradas de los cajeros adolescentes

repiten los movimientos de un antiguo baile
sagrado

y en la algarabía
de los vendedores de fruta
olvidados dioses hablan

(José Manuel Arango, "I", *Poetas colombianos*,
La Otra y Universidad Autónoma de Nuevo León, México, 2012, p. 168)

Soy yo Altazor
Altazor
Encerrado en la jaula de su destino
En vano me aferro a los barrotes de la evasión posible
Una flor cierra el camino
Y se levantan como la estatua de las llamas.
La evasión imposible
Más débil marchó con mis ansias
Que un ejército sin luz en medio de emboscadas...

(Vicente Huidobro, "Altazor", *Poetas chilenos*,
La Otra y Fondo de Cultura Económica, México, 2012, p. 75)



LA PALABRA POÉTICA
HABITA LA TRANSPARENCIA

Cruzo un desierto y su secreta
desolación sin nombre.

El corazón
tiene la sequedad de la piedra
y los estallidos nocturnos
de su materia o de su nada.

Hay una luz remota, sin embargo,
y sé que no estoy solo;
aunque después de tanto y tanto no haya
ni un solo pensamiento capaz contra la muerte,
no estoy solo.

Toco esta mano al fin que comparte mi vida
y en ella me confirmo
y tiento cuanto amo,
lo levanto hacia el cielo
y aunque sea ceniza lo proclamo: ceniza.

Aunque sea ceniza cuanto tengo hasta ahora,
cuanto se me ha tendido a modo de esperanza.

(José Ángel Valente, "Serán ceniza...", *Obras completas I, Poesía y prosa*,
Galaxia Gutenberg y Círculo de Lectores, Barcelona, 2006, p. 69)

No SABRÍAMOS decir cuánto debemos ya a esta luz, que puede ser alta y terrible
como un dios o declinar como animal de fuego hacia el crepúsculo, arrastrando
con ella todo el cielo hacia la línea donde no acaba ciertamente el mar.

(José Ángel Valente, *Obras completas I, Poesía y prosa*,
Galaxia Gutenberg y Círculo de Lectores, Barcelona, 2006, p. 841)

SENTÍ real el palpito
de tu oscura impresencia.

Supe que estabas.

Te busqué.

Ardía lento el fuego en los rincones
más secretos del ciego laberinto.

No busqué la salida, la imposible
salida.

Te buscaba.

Manifiéstate,

dije, sintiendo repentino
que ya lo habías hecho en el latido
de lo no manifiesto.

(El dios)

(José Ángel Valente, *Obras completas I, Poesía y prosa*,
Galaxia Gutenberg y Círculo de Lectores, Barcelona, 2006, p. 842)



Cuando el Ser que se es hizo la nada
y reposó, que bien lo merecía,
ya tuvo el día noche, compañía
tuvo el hombre en la ausencia de la amada.

Fiat umbra! Brotó el pensar humano.

Y el huevo universal alzó, vacío,
ya sin color, desustanciado y frío,
lleno de niebla ingrátida, en su mano.

Toma el cero integral, la hueca esfera,
que has de mirar, si lo has de ver, erguido.
Hoy que es espalda el lomo de tu fiera,
y es el milagro del no ser cumplido,
brinda, poeta, un canto de frontera
a la muerte, al silencio y al olvido.

(Antonio Machado, "Al gran cero", *Poesías completas*, Espasa, Madrid, 2003, p. 350)

Y nunca más la tierra de ceniza
a pisar volveré, que Duero abraza.
¡Oh loma de Santana, ancha y maciza;
placeta del Mirón, desierta plaza!

Con el sol de la tarde en mis balcones
nunca os veré. No me pidáis presencia;
las almas huyen para dar canciones:
alma es distancia y horizonte, ausencia.

Mas quien escuche el agría melodía
con que divierto el corazón viajero
por estos campos de mi Andalucía,

ya sabe manantial, cauce y reguero
del agua santa de la huerta mía.

¡No todas vais al mar, aguas del Duero!

(Antonio Machado, "Adiós", *Poesías completas*, Espasa, Madrid, 2003, p. 410)

¡Ay, quién fuera pueblo
una vez no más!
Y una vez –¿quién lo sabría?–
curar esta soledad
entre los muchos amantes
como a las verbenas van
(¡albahacas de San Lorenzo,
fogaratas de San Juan!)
con el sueño de una
vida elemental.
Tú guardas el fuego,
yo gano el pan.
Y en esta noche de todos
tu mano en la mía está.

(Antonio Machado, "Coplas españolas 1", *Poesías completas*, Espasa, Madrid, 2003, p. 432)



MARÍA ZAMBRANO
UNA PENSADORA DEL EXILIO

Pues que el ver desde adentro, si se cumpliera, no sería una visión subjetiva, sino una visión producto de una mirada que unifica, trascendiendo lo interior y la exterioridad. Objeto y sujeto, pues, quedarían abolidos en su oposición y aun en su siempre andar separados, sin conocerse mutuamente. Y como esta visión no llega, algunos tenemos que escribir lo que por lo pronto vemos, en lo que entra inevitablemente el pensar. Inevitablemente, ya que el ver es lo que se apetece de la manera apuntada, lo que se da desde su origen mismo hacia la comunicación.

Y el individuo se libera al dar a ver lo que él ve, dando lo que se le da.

(María Zambrano, "Prólogo a la segunda edición", *El hombre y lo divino*, Fondo de Cultura Económica, México, 1973, pp. 9-10)

...El verdadero suceso ha de buscarse en el escribir sin sombra de temor —ni de esperanza— de que vaya a ser publicado. Y creo que se da en..., iba a decir —mas, ¿por qué no?— los abismos del tiempo. Del tiempo, que habría que escribir con mayúscula, total; de la inmensidad del tiempo que paradójicamente nos apresa y limita, del tiempo que no nos deja. Pues que el tiempo es, tan diversamente de lo que con tanta insistencia se ha dicho, lo que no nos abandona. Nos sostiene, nos envuelve. Y en tanto que sostiene, el tiempo alza y eleva al ser humano sobre la muerte que siempre está, ella antes que nada, ella y no la nada, ahí. Y el tiempo media entre la muerte y el ser que todavía tiene que vivir y ver, que recibir y que ofrecer, que consumir y consumirse. De la muerte el tiempo algo tiene y algo trae. El aviso de la finitud, se diría, mas ello se sabe por reflexión. Y el tiempo, aun antes de que permita reflexionar, reflexionarse diríamos, sobre el sujeto humano, muestra ya su parentesco con la muerte. No de sustancia, ciertamente.

El tiempo es el horizonte que presenta la muerte perdiéndose en ella. Con lo que se dice que así la muerte deja de estar yacente en el fondo para los conscientes mortales y se va más allá, más allá del océano del tiempo, tal como una flor inimaginable que se abriera desde el cáliz del tiempo.

Ya que el tiempo se nos da a beber, su inmensidad oceánica se recoge y se da a beber en un vaso minúsculo; instantes que no pasan, instantes que se van, vislumbres, entrevisiones, pensamientos inasibles, y otro aire y aun otro modo de respiración. Y el cáliz del tiempo inexorablemente ofrece el presente. Siempre es ahora. Y si no es ahora, no es nunca, es otra vez sin el tiempo, la muerte que no es un más allá del tiempo.

Y el escribir a solas, sin finalidad, sin proyecto, porque sí, porque es así, puede ofrecer el carácter de una acción trascendental, que sólo porque se trata de una humanísima acción no podemos llamarla sagrada. Mas algo tiene de rito, de conjuro y, más aún, de ofrenda, de aceptación del ineludible presente temporal, y de transitar en el tiempo, de salirle al encuentro, como él hace, que no nos abandona. Y como al fin el tiempo se mueve, hace moverse al ser humano; moverse es hacer algo, hacer algo de verdad, tan sólo. Hacer una verdad, aunque sea escribiendo.

(pp. 10-12)

...Y así pasamos de largo, confinándolos en un nombre, ante fenómenos de la más honda significación, considerándolos como un hecho y cuando más, buscando su explicación en las causas que nuestra mente actual estima como las únicas reales, las únicas capaces de producir cambios: causas económicas o específicamente históricas. Pero ¿qué es lo histórico?, tendríamos, ante todo, que preguntarnos. Y eso es justamente lo que hoy nos preguntamos con más ansia que ninguna otra cuestión. ¿Qué es lo histórico? ¿Qué es lo que a través de la historia se hace y se deshace, se despierta y se aduerme, aparece para desaparecer? ¿Es algo siempre *otro*, o algo siempre *lo mismo* bajo todo acontecimiento?

(María Zambrano, "Introducción", *El hombre y lo divino*, pp. 13-14)

... El cristianismo había transferido a "otro mundo" el sentido último de la vida individual. El "Reino de Dios" esperado como algo inminente e inmediato entre los primeros cristianos, tuvo que ser transferido a otro mundo y la "Ciudad de Dios" establecida en lo invisible. La ciudad de los hombres se seguiría

edificando en el “valle de lágrimas”. Y hasta el César había de ser aceptado como príncipe de este mundo, en tanto que no tocara a la comunidad de los súbditos de la invisible y divina ciudad. Naturalmente que esta situación hubo de cambiar, cuando advino el triunfo del cristianismo, y sufrir modificaciones en cuanto sus pretensiones frente a “este mundo”.

El cristianismo filosófico, totalizado por la filosofía racionalista, en Hegel ya en el otro extremo del arco, se abismó en el gigantesco intento de absorber dentro de sí el acontecer y la ciudad de este mundo. Y, así, vino a divinizar la historia que para el hegeliano ocupa el lugar de lo divino; ese lugar cualitativamente distinto de la realidad humana y de la natural, ya que en el momento histórico en que vivió Hegel “lo natural” ya había sido desentrañado de lo humano objetivado.

El intento de Hegel en el momento en que apareció, ofrece una gravedad extrema, que nada puede borrar. La vida europea no admitía límites y se creía —el propio Hegel más que nadie— haber llegado a la madurez de los tiempos, al momento en que todos los enigmas han sido descifrados y el camino aparece libre; sólo falta recorrerlo y, por ello, la acción necesaria —la única— será mostrarlo y descubrirlo. La filosofía volvía a ser arquitectura...

(p. 15)

La conciencia, dominio netamente humano, donde lo divino no interviene, ni se refleja; la conciencia que busca y necesita de la soledad. Al definir el ser del hombre, la conciencia lo define como solitario, instaurando un reino, un dominio inapelable. El hombre, ser de conciencia, es radicalmente distinto del hombre ser de alma y cuerpo, unidad sustancial de cuerpo y de alma. Con respecto al alma, la conciencia es una mayor desnudez, como si el ser humano por haber renunciado extendiese su dominio. Su vida contenida, envuelta por la conciencia, se lanza así hacia el futuro. Y es en el futuro en el que vive anticipadamente. Vivir será, bajo el reciente idealismo, previvir, lanzarse hacia el futuro como hace el conocimiento. Obligar a la vida, a toda la vida, a que siga el destino del conocimiento...

(p. 21)

...Lo divino eliminado como tal, borrado bajo el nombre familiar y conocido de Dios, aparece, múltiple, irreductible, ávido, hecho “ídolo”, en suma, en la historia. Pues la historia parece devorarnos con la misma insaciable e indiferente avidez de los ídolos más remotos. Avidez insaciable porque es indiferente. El hombre está siendo reducido, allanado en su condición a simple número, degradado bajo la categoría de la cantidad.

¿No existe pues el hombre en la hora actual? Existir es resistir, ser “frente a”, enfrentarse. El hombre ha existido cuando, frente a sus dioses, ha ofrecido una resistencia. Job es el más antiguo “existente” de nuestra tradición occidental. Porque frente al Dios que dijo: “SOY el que ES”, resistió en la forma más humana, más claramente humana de resistencia: llamándole a razones. ¿Se atreve el hombre de hoy a pedir razones a la historia? Aunque ella sea su ídolo, el hacerlo lleva consigo pedirle razones a sí mismo. Confesarse, hacer memoria para liberarse [...]

La deificación que arrastra por fuerza la limitación humana —la impotencia de ser Dios— provoca, hace que lo divino se configure en ídolo insaciable, a través del cual el hombre —sin saberlo— devora su propia vida; destruye él mismo su existencia. Ante lo divino “verdadero”, el hombre se detiene, espera, inquiere, razona. Ante lo divino extraído de su propia sustancia, queda inerme. Porque es su propia impotencia de ser Dios la que se le presenta y representa, objetivada bajo un nombre que designa tan sólo la realidad que él no puede eludir. Viene a caer así en un juego sin escape de fatalidades, de las que en su obstinación no encuentra salida. Reducirse, entrar en razón, es también recobrase. Y puesto que ha caído bajo la historia hecha ídolo, quizás haya de recobrase adentrándose sin temor en ella, como el criminal vencido suele hacer volviendo al lugar de su crimen; como el hombre que ha perdido la felicidad hace también, si encuentra el valor: volver la vista atrás, revivir su pasado a ver si sorprende el instante en que se rompió su dicha. El que no sabe lo que le pasa, hace memoria para salvar la interrupción de su cuento, pues no es enteramente desdichado el que puede contarse a sí mismo su propia historia.

(pp. 23-24)

UNA CULTURA depende de la calidad de sus dioses, de la configuración que lo divino haya tomado frente al hombre, de la relación declarada y de la encubierta, de todo lo que permite se haga en su nombre y, aún más, de la contienda posible entre el hombre, su adorador, y esa realidad; de la exigencia y de la gracia que el alma humana a través de la imagen divina se otorga a sí misma.

¿Cómo han nacido los dioses y por qué? ¿Podría el hombre haberse pasado sin ellos? ¿O es la necesidad humana, la que insaciable les hace surgir, manteniéndose escondida, para aceptarlos después como algo que ha encontrado sobre y aún en contra de sí misma? Los dioses persiguen al hombre con su gracia y su rencor; es su primera característica. Sólo en esa madurez en la que se insinúa la decadencia de una era, los dioses aparecen impasibles, indiferentes al hombre. “En el caso de que haya dioses, no se ocupan para nada de los hombres”, decía Lucrecio en la desolación de la cultura greco-romana. Para esta conciencia vigilante, los dioses estaban ya muertos. Mas, cuando los dioses aparecen, se hacen sentir, ante todo, porque se ocupan mucho, tal vez demasiado, de los hombres. Es como un delirio de persecución que los hombres padecen.

En lo más hondo de la relación del hombre con los dioses anida la persecución: se está perseguido sin tregua por ellos y quien no sienta esta persecución implacable sobre y alrededor de sí, enredada en sus pasos, mezclada en los más sencillos acontecimientos, decidiendo y aun dictando los sucesos que cambian su vida, torciendo sus caminos, latiendo enigmáticamente en el fondo secreto de su vida y de la realidad toda, ha dejado en verdad de creer en ellos. Y sabido es cuán fácilmente se trasmuta la actitud persecutoria de un hombre hacia un dios en su adoración más ferviente. Y es que la relación inicial, primaria, del hombre con lo divino no se da en la razón, sino en el delirio. La razón encauzará el delirio en amor.

(María Zambrano, “Del nacimiento de los dioses”, *El hombre y lo divino*, pp. 27-28)

En el principio era el delirio; quiere decir que el hombre se sentía mirado sin ver. Que tal es el comienzo del delirio persecutorio: la presencia inexorable de una estancia superior a nuestra vida que encubre la realidad y que no nos es visible. Es sentirse mirado no pudiendo ver a quien nos mira. Y así, en lugar de ser fuente de luz, esa mirada es sombra. Mas, como en todos los delirios humanos, la esperanza está presente, y más quizá que en ninguno, por ser el primero. La esperanza está prisionera en el terror; la angustia de sentirse mirado envuelve la apetencia de serlo, y toda la esperanza que se despierta, que acude ante esa presencia que se manifiesta ocultándose.

La forma primaria en que la realidad se presenta al hombre es la de una completa ocultación, ocultación radical; pues la primera realidad que al hombre se le oculta es él mismo. El hombre –ser escondido– anhela salir de sí y lo teme, aunque la realidad toda no envolviera ningún alguien, nadie que pudiese mirarlo, él proyectaría esta mirada; la mirada de que él está dotado y que apenas puede ejercitar. Y así, él mismo, que no puede aún mirarse, se mira desde lo que le rodea. Y todo, los árboles y las piedras, le mira y, sobre todo, aquello que está sobre su cabeza y permanece fijo sobre sus pasos, como una bóveda de la que no puede escapar: el firmamento y sus huéspedes resplandecientes. Y aquello de que no puede escapar, espera.

(pp. 31-32)

La realidad es lo sagrado y sólo lo sagrado la tiene y la otorga. Lo demás le pertenece. “Somos propiedad de los dioses” decía todavía en el siglo IV Teognis de Mégara. Y es preciso recordar cómo en las viejas culturas, cuyos rastros se conservan hoy en la mente de algunos pueblos al margen de la civilización, todo color, todo ser viviente, animal o planta, las piedras, lo que nosotros –civilizados– llamamos cualidades, colores, perfumes, pertenece a un dios. Saber, para estas gentes, es conocer a qué dios pertenecen las diferentes clases de seres, de cosas y de cualidades: “todo tiene un dueño”.

Y es preciso imaginar que tal creencia no se ha formado posteriormente al descubrimiento de los dioses –sus sueños– sino que la ha precedido. Se ha debido

sentir detrás de cada especie de cosas —que no han de coincidir precisamente con las nuestras, dibujadas por la mente— que aludían a alguien, a un dueño, a un señor. También el hombre, lejos de sentirse libre, se sentía poseído, esclavo, sin saber de quién. Porque se sentía mirado y perseguido. Detrás de lo sagrado, se prefigura un alguien dueño y poseedor [...]

Pues la situación de la vida humana es negativa inicialmente. La necesidad y la esperanza no encuentran su pasto. Libres, con la libertad del hambre, se hunden sobre todo para encontrar su alimento y si no lo encuentran, el ser indigente que lo padece lo interpreta ingenuamente como contrario, como agresor. Pues el hombre ha de estar muy adentrado en la edad de la razón para aceptar el vacío y el silencio en torno suyo.

Mas, la demanda de la esperanza sufre también su delirio en el que se despliega la vida. El delirio se convierte entonces en exaltación que llega a la embriaguez. Entonces, esta instancia superior y desconocida se hace sentir dentro del hombre mismo. Es dentro de sí, donde siente esa realidad suprema que le impulsa y le lleva sobre todo obstáculo. La realidad en torno no se le presenta como enemiga y la pesadilla del terror ha desaparecido. Es el reverso de la persecución; es la gracia, que se dirá más tarde; es el aspecto benéfico, positivo. Porque la vida humana se da inicialmente en estas dos situaciones que corresponden a las dos manifestaciones de lo sagrado: la doble persecución del terror y de la gracia.

(pp. 33-34)

Mas antes de que pueda surgir pregunta alguna dirigida a los dioses hay una forma de trato universal, habida siempre ante cualquier forma y función divina: el sacrificio.

Mediante el sacrificio el hombre entra a formar parte de la naturaleza, del orden del universo y se reconcilia o se amiga con los dioses. Pero entender así el sacrificio ¿no significa abordarlo desde nuestra situación actual? Como la situación del hombre moderno es la de la soledad, el aislamiento,

consecuencia del vivir según la conciencia, nos figuramos que el sacrificio es una entrada en el orden de la realidad. Pero, el hombre que descubrió el ritual de cualquier sacrificio, no necesitaba entrar en la realidad, sino salir; era soledad, libertad, lo que necesitaba ganar. El sentido “práctico” del sacrificio debió ser un dar lugar a una especie de “espacio vital” para el hombre; por medio de un intercambio entregar algo para que se le dejara el resto. Entregar algo o alguien es para que el resto de la tribu o del pueblo quedase libre; aplacar el hambre de los dioses para poder poseer alguna cosa por algún tiempo. Pues todo pertenecía a los dioses y al hombre nada; al darles algo, se les rogaba conformidad, aceptación, limitación en su demanda. Sin el sacrificio, el hombre hubiera permanecido encadenado por siempre a la realidad habitante en las entidades divinas.

La función del sacrificio era múltiple, pero tenía principalmente un fin: suscitar una manifestación. Los dioses están siempre presentes, pero no les ve; no se dejan ver. Aun podríamos decir que una de las características de las divinidades es no dejarse ver, de lo cual se conserva el rastro en que aquella pasión del alma humana que revive la larga pasión prehistórica frente a lo sagrado: el amor. El amor ha surgido en toda su fuerza frente a lo que no se deja ver, sino en raros y preciosos instantes que alcanzan, así, la categoría de manifestaciones divinas, cuando una realidad deslumbrante aparece en su brevedad, como manifestación de algo infinito.

(pp. 38-39)

No se libra el hombre de ciertas “cosas” cuando han desaparecido, menos aún cuando es él mismo quien ha logrado hacerlas desaparecer. Podrían dividirse las cosas de la vida en dos categorías: aquellas que desaparecen cuando las negamos y aquellas otras de realidad misteriosa que, aun negadas, dejan intacta nuestra relación con ellas. Así, eso que se oculta en la palabra, casi impronunciable hoy, Dios.

(María Zambrano, “Dios ha muerto”, *El hombre y lo divino*, p. 134)

El momento actual se nos aparece el más mezclado y confuso por ser el que estamos viviendo (la vida es siempre confusión), y por la multiformidad del proceso, por la multitud de caras que presenta la situación frente a lo divino, como si estuviésemos en realidad, apurando al mismo tiempo todas las diversas situaciones que el hombre ha vivido en ese drama esencial frente a Dios o los dioses, y el hombre actual fuera el protagonista de toda la historia religiosa de la humanidad condensada, de todos los conflictos que se han presentado en los instantes decisivos de la historia. La ausencia, el vacío de Dios podemos sentirlo bajo dos formas que parecen radicalmente diferentes a simple vista: la forma intelectual del ateísmo, y la angustia, la anonadadora irrealidad que envuelve al hombre cuando Dios ha muerto. Que no haya Dios, en cualquiera de las fórmulas acuñadas por el positivismo o el racionalismo del siglo XIX, que nos dispongamos a pensar acerca de todas las cosas sin contar con Él, como suponen y hacen todas las filosofías, excepto “las confesionales”, parece marcar la situación de la mente actual. Mas existe otra situación —si es que es otra: la de la vida de cada hombre que no es ni pretende ser filósofo, que vive simplemente la ausencia de Dios. Y dentro de ese vivir sin Dios aún se distingue la simple aceptación casi inconsciente de ese ímpetu, de esa violencia, de esa extraña esperanza que cifra el cumplimiento de lo humano, la promesa final de nuestra historia sobre la tierra a la desaparición total de conciencia de Dios...

(p. 135)

Es una de las originalidades del cristianismo, no reductible a ninguna otra religión anterior de donde pudiera inspirarse. Pues hay dioses que mueren, que sufren una pasión hasta la muerte y que resucitan: Atis, Osiris, Adonis. Mas no a manos de los hombres, sino de potencias enemigas de su mismo rango. Para lo que viven dentro del cristianismo el problema no existe: sucedió así. Mas, para quienes viven sumergidos en esa situación actual a que hemos aludido, la pregunta se impone inexorable. ¿De dónde ha surgido tan tremenda pesadilla? Pues la religión para una conciencia irreligiosa ha de ser considerada como delirio, pesadilla sufrida en común, de igual textura anímica que las neurosis, como

ya Freud ha indicado, aunque sin lanzarse a apurar la cuestión así planteada. Que los dioses, que lo divino en sus diversas configuraciones se muera. Que los dioses se maten entre sí y que haya entre ellos, como entre los humanos, crimen. Que los dioses simplemente palidezcan, se paseen, como los mortales. Y por último que Dios haya muerto a manos del hombre, de los hombres. Y entreverando estos instantes exclusivamente religiosos, los momentos de ateísmo formulados por la razón, con un aire de independencia, como si ella caminara sola por su cuenta. Y así, tenemos un proceso “sagrado” de destrucción de lo divino, tan inevitable en su acontecer como el momento contrario; cuando de lo sagrado han ido apareciendo los dioses por una acción sagrada.

(pp. 137-138)

...No es la existencia de los dioses lo que niega; aquí ya no se trata del ser, sino del hombre. El hombre es el problema y los dioses son negados justamente en relación con el hombre y dentro de esa relación en aquel aspecto que al hombre le importa más, la providencia: “En el caso de que haya dioses, no se ocupan para nada de los hombres”. Es otro el problema y otro también el verdadero suceso que tal afirmación comporta. Se trata de una situación contraria en el camino del hombre bajo sus dioses. No es un momento en la revelación de lo sagrado, sino de ocultamiento, de vacío. Lo que en Demócrito era teoría, en Lucrecio era sentir originario dentro del cual se sentía inmenso. El mundo estaba vacío y los átomos no podían poblarlo. La materia estaba despojada ya de todo sentido sagrado, de esa fuerza sagrada que siempre conservó en los filósofos griegos, y quizá más aún en los “materialistas”. Pues bajo una misma “teoría” alientan situaciones vitales bien distintas. Una misma “idea”, según el momento en que haya parecido significar lo contrario.

Y así, la declaración de Lucrecio respecto a los dioses es la expresión de la soledad humana, en esa forma del desamparo. Lo divino se había disgregado en sus dos polos: de una parte, las imágenes de los dioses vacías y sin acción; de otra, la fuerza de lo sagrado enigmática y enredada, apareciendo en los cultos a deidades extrañas y advenedizas. Y una idea de Dios acuñada por la filosofía,

ineficaz, o eficaz sólo para algunos, para los capaces de alimentar su amor de la “luz intelectual”.

Era una declaración desesperada que no negaba la existencia de los dioses, pero ponía en entredicho su relación con los hombres: era una declaración de los límites que cercan lo humano, en realidad más negadora del hombre que de los dioses. La declaración de los derechos del hombre hecha en modo restrictivo, lo que el hombre tiene derecho a esperar si no hay dioses o si no se ocupan de él para nada: el vacío, el no ser.

(pp. 141-142)

¿Por qué, de dónde, esta aquiescencia íntima del alma que parece encontrar en este crimen un apaciguamiento de su angustia? ¿Por qué el grito de Nietzsche, veinte siglos más tarde, el servidor de Dionysos, dios de la tragedia, el que reconoció su identidad enajenándose en “Dionysos crucificado”?

La tragedia griega muestra, bajo la sombría luz del dios desconocido, la necesidad del crimen. También del sacrificio. Como si el sacrificio fuera la forma inicial, sagrada, del crimen, o el crimen, ciertos crímenes, el sacrificio llevado y mantenido en los límites de lo humano, nada más; lo mismo en Edipo que en el ignorante autor de un crimen rural; la manifestación del destino que ciega cuando más se quiere ver... La fatalidad del crimen cumplida ritualmente es el centro de la tragedia; la tragedia misma. En ella Dios ha muerto también. Es una de las maneras en que el hombre conoce, experimenta la muerte de Dios. Pues quien hace el crimen, ha sido por él abandonado; todo criminal lleva algo, un residuo sagrado, un resto de sacrificio y de tragedia. Aun el criminal en busca de la historia, el que anda suelto en busca del autor de su fábula.

El crimen contra Dios es el crimen contra el amor, contra lo que se adora, pues se llega a ver en él, concreción de la vida divina, la resistencia última a la divinización del hombre. Lucrecio no pudo soñar con esta acción de dar muerte a los dioses para heredar la inaccesible vida divina, pero el criminal por amor lo hace oscuramente y mata lo divino que se le ofrece y que le resiste, en una especie de vértigo, de tentativa última para sumergirse en su seno definitivamente.

Y así, quien dice “Dios ha muerto” participa al menos en su muerte, en el crimen. ¿No lo hará acaso movido por la esperanza de hundirse en él, de identificarse abismándose, llevado por esa locura de amor que llega hasta el crimen cuando ya no se soporta más la diferencia con el amado, el abismo que aun en los amores entre los iguales permanece siempre? Y profiere su grito “Dios ha muerto” esperando, quizá, absorber a Dios dentro de sí, comulgar en la muerte de un modo absoluto, que no haya más esa diferencia entre la vida divina y la nuestra. Desesperación de seguir soportando la inaccesibilidad de lo divino.

(pp. 149-150)

...Cuando se abisma el ser, la realidad luminosa y una, no caemos en la nada, sino en el laberinto infernal de nuestras entrañas de las que no podemos desprendernos. Pues todo puede aniquilarse en la vida humana: la conciencia, el pensamiento y toda idea en él sustentada, y aun la misma alma, ese espacio mediador viviente, puede también replegarse hasta dar la ilusión de un total aniquilamiento. Todo lo que es luz o acoge la luz puede caer en las tinieblas. Mas las tinieblas mismas quedan; es la nada, la igualdad en la negación, quien nos acoge como una madre que nos hará nacer de nuevo. Una oscuridad que palpita y de donde inexorablemente hay que renacer nos acoge, unas tinieblas que nos dan de nuevo a luz, este viaje infernal, este descenso a los infiernos de la posibilidad inagotable; este devorarse, amor vuelto contra sí. Dios puede morir; podemos matarlo... mas sólo en nosotros, haciéndolo descender a nuestro infierno, a esas entrañas donde el amor germina; donde toda destrucción se vuelve en ansia de creación. Donde el amor padece la necesidad de engendrar y toda la sustancia aniquilada se convierte en semilla. Nuestro infierno creador. Si Dios creó de la nada, el hombre sólo crea desde su infierno nuestra vida indestructible. De ella, agotada nuestra humana comunión, saldrá un día a la claridad que no muere, pero invisible casi, confundido con la luz, volver, quizá, a decir a nuestro amor rescatado: *Noli me tangere...*

(pp. 151-152)

LA HISTORIA del pensamiento encubre un proceso que ha tenido lugar con cierta lentitud en las capas más profundas de la conciencia; allí precisamente donde la conciencia se eleva encubriendo también, como toda superficie, las creencias y todavía algo más hondo que las creencias mismas, las formas íntimas de la vida humana; las situaciones que definen al ser humano no ya frente a lo humano, sino a toda la realidad que le rodea. Pues realidad es no sólo la que el pensamiento ha podido captar y definir sino esa otra que queda indefinible e imperceptible, esa que rodea a la conciencia, destacándola como isla de luz en medio de las tinieblas...

(María Zambrano, "Sinopsis de la piedad", *El hombre y lo divino*, p. 191)

Piedad es el saber tratar adecuadamente con lo otro.

(María Zambrano, "Qué es la piedad", *El hombre y lo divino*, p. 203)

Porque el sacrificio es un pacto, como todo rito. Pacto en que se ofrece algo a cambio de lo demás. Sin duda que el que se acerca a ofrecer un don para que sea consumido es porque ha sentido una terrible violencia; porque ha sentido en su angustia la llamada, porque se ha sentido a punto de ser consumido totalmente. Cree que la ofrenda va a aplacar esa furia que le amenaza. Y él mismo busca a su vez alimentarse. La primera relación que vemos así entre el hombre y la realidad es la de alimentarse y servir de alimento. Ofrecerse para rescatarse. Aplacar por la ofrenda el peligro de ser devorado, para obtener su primera porción de ser.

Si recordamos las fiestas que se conocen de la religión primitiva griega podemos ver tres clases de cultos: los dirigidos a las divinidades, los dirigidos a los muertos y aquellos en que se hace sentir el ciclo de lo que después será el orden de la naturaleza: nacimiento y muerte de la primavera y de las cosechas.

(pp. 209-210)

El saber que corresponde con la realidad, significado en el sacrificio, es sin duda la inspiración. Saber recibido, mas sin la nitidez del saber revelado. En la inspiración hay también trueque como en el sacrificio, intercambio en que el hombre recibe algo superior, que quizá no le pertenece, un don; don que acrecienta el misterio de donde viene porque es como una muestra nada más de todo un territorio que debe existir y del que aparece aisladamente. El saber tiene el carácter de regalo, de cargo a veces para el elegido, es casi un estigma, una señal. Saber desmedido para el ser humano que él tendrá que manejar con infinito cuidado.

Pues la inspiración –cosa olvidada ya en los tiempos modernos– ha de arrebatarse en el instante en que es recibida, pero exige después una delicada medida, un saber tratar con ella, como sucede con todo aquello que estando en nosotros no nos pertenece. Y, así, el saber por inspiración pertenece por entero al mundo de la piedad, es recibido de algo otro y él en sí mismo es sentido como distinto de quien lo tiene; es un huésped a quien hay que saber recibir y tratar para que no desaparezca dejando algo peor aún que su vacío. Porque toda inspiración luminosa tiene su peligro en una inspiración contraria.

Y así la poesía es el saber primero que nace de este piadoso saber inspirado. Conservará siempre la huella de su origen inspirado, de algo que llega desde otro lugar, que llega y huye, claridad que cuando se presenta recuerda lo que no sabía, inesperada memoria repentina que por un instante libra al hombre de ese sentir que no se acuerda de algo que es lo que más le importa.

Poesía es creación, la creación primera humana, y es la palabra inspirada, recibida, pasiva todavía. De ahí el carácter sagrado del poeta, carácter imborrable en todas sus efigies de cualquier tiempo. El poeta no acaba de saber lo que dice, ni menos aún cuándo lo dirá; habitado por un saber de inspiración, nada extraño es que se sienta y sea sentido primeramente como habitado por un dios que en él se manifiesta. El poeta original es un oráculo.

(pp. 210-211)

Comienza la iniciación al exilio cuando comienza el abandono, el sentirse abandonado; lo que al refugiado no le sucede ni al desterrado tampoco. El refugiado se ve acogido más o menos amorosamente en un lugar donde se le hace hueco, que se le ofrece y aún concede y, en el más hiriente de los casos, donde se le tolera. Algo encuentra dentro de lo cual depositar su cuerpo que fue expulsado de ese su lugar primero, patria se le llama, casa propia, de lo propio, aunque fuese el lugar de la propia miseria. Y en el destierro se siente sin tierra, la suya, y sin otra ajena que pueda sustituirla. Patria, casa, tierra no son exactamente lo mismo. Recintos diferentes o modos diferentes en que el lugar inicial perdido se configura y presenta.

El encontrarse en el destierro no hace sentir el exilio, sino ante todo la expulsión. Y luego, luego la insalvable distancia y la incierta presencia física del país perdido. Y aquí empieza el exilio, el sentirse ya al borde del exilio. Y así en el poema que suponemos sin duda inmortal de Luis Cernuda, *Ser de Sansueña*, se encuentra el apurar el destierro y el iniciarse del exilio en un instante único, sin separación, al modo como en las tragedias se realiza prodigiosamente este imposible dar un instante único en varias de sus vertientes o dimensiones.

(María Zambrano, "El exiliado", *Los bienaventurados*, Ediciones Siruela, Madrid, 1990, pp. 31-32)

Acaso allí estará, cuatro costados
Bañados en los mares, al centro la meseta
Ardiente y andrajosa. Es ella, la madrastra
Original de tantos, como tú, dolidos
De ella y por ella dolientes.

Es la tierra imposible, que a su imagen te hizo
Para de sí arrojarte. En ella el hombre
Que otra cosa no pudo, por error naciendo,
Sucumbe de verdad, y como en pago
Ocasional de otros errores inmortales.

Inalterable, en violento claroscuro,
Mírala, piénsala. Árida tierra, cielo fértil,
Con nieves y resoles, riadas y sequías;
Almendros y chumberas, espartos y naranjos
Crecen en ella, ya desierto, ya oasis.

Junto a la iglesia está la casa llana,
Al lado del palacio está la timba,
El alarido ronco junto a la voz serena,
El amor junto al odio, y la caricia junto
A la puñalada. Allí es extremo todo.

La nobleza plebeya, el populacho noble,
La pueblan; dando terratenientes y toreros,
Curas y caballistas, vagos y visionarios,
Guapos y guerrilleros. Tú compatriota,
Bien que ello te repugne, de su fauna.

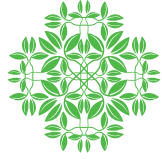
Las cosas tienen precio. Lo es del poderío
La corrupción, del amor la no correspondencia;
Y ser de aquella tierra lo pagas con no serlo
De ninguna: deambular, vacío y nulo,
Por el mundo, que a Sansueña y sus hijos desconoce.

Si en otro tiempo hubiera sido nuestra,
Cuando gentes extrañas la temían y odiaban,
Y mucho era ser de ella; cuando toda
Su sinrazón congénita, ya locura hoy,
Como admirable paradoja se imponía.

Vivieron muerte, sí, pero con gloria
Monstruosa. Hoy la vida morimos
En ajeno rincón. Y mientras tanto
Los gusanos, de ella y su ruina irreparable,
Crecen, prosperan.

Vivir para ver esto,
Vivir para ver esto.

(Luis Cernuda, "Ser de Sansueña", *Poesía completa*, Barral Editores, Barcelona, 1977, p. 386)



JUAN DAVID GARCÍA BACCA
LA EXPERIENCIA DE LA CREATIVIDAD

...Si el bautismo elimina de raíz y del todo el pecado original, en 1901, mi nacimiento —y en tantos anteriores al de mi madre—, haría años, centenas... que el pecado original había íntegramente desaparecido. Que reapareciera en cada nuevo hijo resultaría milagro de estilo diabólico y maniqueo.

Que, pues, se siguiera bautizando era —en realidad, aunque no reconocida— acto superfluo; que perduraba por convención, rutina, imposición de Iglesia y Estado, y vagas ideas teológicas, justificativas racionalmente.

Hasta ahora no se ha precisado qué es lo que constituye “pecado original”, y cómo se propaga, a pesar de haber sido veces y veces eliminado, borrado, destruido por el bautismo. Se responderá a estas cuestiones con la brevedad que exigen la obra y los temas más importantes que en ella se desarrollarán [...]

Caso de miopía genética. El pecado original podría propagarse de varias maneras: una, por la generación natural, por el coito en matrimonio o fuera de él; otra, por un tatuaje especial que afectara al brazo, y por el que se reconociera lo de pecado original, cual en la frente de Caín puso Elohim una señal para que nadie lo matara... y otros procedimientos acudirán a Lector imaginativo y valiente de pensamiento.

Pero el que efectivamente consta por la historia es que se propaga por coito. Obsesión sexual de “Israelitas” (de semitas, dicho en lenguaje corriente), Hebreos o Árabes.

Y se establece, para contraposición valorativa, la de *Virginidad* (masculina o femenina), digna de las alabanzas de Santa, Santísima; *Celibato*, con la alabanza de santo; *matrimonio*, con la de simplemente bueno. Benévolamente tolerado.

Pero, sea dicho con perdón o sin perdón, Virginidad y Celibato son reales de verdad por el coito. Sin él, degenerarían en palabras y conceptos abstractos. Preeminencia real de verdad y comprobada del matrimonio.

Por él se transmite el pecado original. ¿Y se lo destruyó, borró, por la circuncisión?

Con el lenguaje y práctica posterior, el pecado original, contraído por el coito, desaparecerá, se borrará, se extinguirá, por el bautismo. Se ha ganado en delicadeza carnal y en el contenido espiritual que aporta el bautismo.

Quede como alusión: por la ingeniería genética actual y sus experimentos futuros la Tierra tiene aún miles de miles de años disponibles para la humanidad y para los ingenieros. Se conocen ya procedimientos para concepciones sin coito, sin matrimonio, preteriendo, por insignificantes, las distinciones entre virginidad, celibato, y, por vacuas, sus alabanzas.

Así que, por obra de la ingeniería genética, se consigue que los individuos de la especie humana resultantes nazcan con inocencia original.

Consideremos brevemente el valor del Bautismo. Al hombre concebido por el coito en “pecado original”, el bautismo no sólo borra, destruye, elimina el pecado (aspecto o componente negativo), sino que aporta dones —la gracia— sobrenaturales; hace que la Trinidad: Padre, Hijo y Espíritu Santo, habiten en el alma, en todo el hombre: alma y cuerpo. Y, como secuela real —la de “pecado original es causa de muerte”—, el bautismo desconecta pecado y muerte. Garantiza una cierta inmortalidad.

Hasta aquí, todo correcto y espléndido. Pero el hombre tiene *obligación* de aceptar tales gracias y dones. Se ha convertido don, gracia, en necesidad, en obligación. Gracias, don, son desgracia si no se los acepta. Por otra parte: que por el bautismo habiten en el alma las tres divinas personas, como no hay libertad de recibirlas, tal habitación se convierte en intrusión inevitable, a aceptar sin remedio.

Otra perversión consiste en convertir los llamados “Consejos evangélicos” en votos, simples o solemnes. Es decir: convertirlos en obligaciones simples o solemnes. Éstas, sólo dispensables por Dios, aunque la Iglesia se arrogó el derecho de disolverlas, en virtud de la aplicación de fórmula “Todo poder...”.

En total, se han perdido todas las prerrogativas espirituales. Por otra suerte, el bautismo ha producido el que, desde hace siglos, haya quedado eliminado el pecado original. El bautismo es ya superfluo. Y, por tanto, son realmente, lógicamente, superfluas todas las Iglesias: católica, protestante, ortodoxa oriental...

Si se las mantiene —y ellas, por algo así cual intereses, hasta económicos y sociales, procuran mantenerse—, todo ello no pasa de mantener museos, antigüedades, prestamente antiguallas doctrinales, rituales, ceremonias, festividades...

Digamos clara y valientemente: todos somos ya *gentiles y paganos*. De hecho, de práctica, aunque no todos nos atrevamos a serlo de pensamiento y palabra.

(Juan David García Bacca, “Ejercicio primero sobre virtudes y vicios. Pecados”, *Sobre virtudes y vicios*, Anthropos, Barcelona, 1993, pp. 17-19)

A partir de 1910, ya no veré en mi vida a mi familia. Mi madre murió cuando yo estaba de estudiante de teología. En 1918. Murió de enfermedad larga, tisis. Por aquello de que “por amor a Mí —Jesús— dejará el creyente en Mí a padre, madre”... los superiores no me permitieron ir a verla. Alagón dista de Borja unas horas. Y sea dicho con cruda verdad, tal noticia no me impresionó cual lo debiera por natural, por humanidad. Hacía años y años que no pensaba en mi madre sino para dirigirle una felicitación convencional por Año Nuevo. Y sus raras cartas, una por año, eran sometidas a la censura. Condolencias por su muerte no me las dio sino un alemán condiscípulo en teología.

Lo demás se redujo a lo convencional. En la capilla especial reservada para los teólogos el padre prefecto dijo: “Recemos un responso por el alma de la madre del Sr. Juan David García Bacca; por su alma se ofrecerá mañana una misa. Condolencia de todos nosotros”.

(Juan David García Bacca, “Confesiones”, *Confesiones. Autobiografía íntima y exterior*, Anthropos Editorial, Barcelona, 2000, p. 11)

Vuelvo a mi itinerario, dentro aún de mi estado religioso. 1936, mes de julio. De Frigurgo me dirigía a Santander, como era mi obligación. Pensaba, desde Santander, hacer una visita formal a la Universidad de Santiago de Compostela, de la que era profesor titular. Y debía serlo real, a partir del mes de octubre. Entré en España por San Sebastián. Volvía allí después de unos treinta años. Me hospedé en el Hotel María Cristina. Me revivió la gana infantil por la sidra.

Pedí para la comida una botella. Y bebí la mitad; mas, por mi inexperiencia, se me subió a la cabeza —ligera borrachera. Otra inexperiencia. Se me pasó pronto. Pero, ¡qué bien me supo ella y los recuerdos! Al día siguiente salí para Santander. El curso de Filosofía de las ciencias, a mi cargo, tenía lugar en una residencia especial, reservada desde Madrid por influencia de la Universidad de Verano de la República. La nuestra dedicada sobre todo a los estudiantes católicos. Los días anteriores al 15, en que comenzaban los cursos, los empleé en cumplir ciertos deseos míos irrealizables anteriormente: visitar las cuevas rupestres de Santillana, además de la misma típica ciudad. Las visitas a las cuevas, para ver las famosas pinturas, estaban prohibidas. Estropeaban todo. Visité un buen número de pequeñas iglesias de estilo románico. Delicia de visita y recuerdos, frente a las góticas que estaba ya harto de ver, admirar y perderme en su magnitud y pretensiones teológicas.

(pp. 47-48)

Vuelvo a mi caso; yo quería volver a Barcelona, a mi universidad y, aunque peligrosísimo, a mi comunidad. Tal me lo dijo el gobernador, al revisar mi pasaporte en que constaba mi condición de catedrático. Para llegar a Barcelona no quedaba más camino que por Francia. Navarra estaba de parte del Movimiento, Mola mandaba en Navarra. Las líneas de guerra por Aragón... estaban vagamente delineadas. Me dirigí a Bilbao donde tenía grandes amigos vascos. Yo navarro, de Pamplona, nacido en un apartamento de la Plaza del Castillo. Entre otros detalles recuerdo, perdón, haber comido unas angulas tan exquisitas que aún hoy el recuerdo verbal me sabe a ellas...

(p. 54)

Llegué a Barcelona y lo primero que hice fue ir a la universidad. Estaba desierta de profesores y estudiantes. Se habían apoderado de ella los bedeles. El bedel de la puerta me miró incrédulo. Me había visto casi todos los días vestido de sotana. Subí a ver al rector. Me miró por detrás. “Por suerte —me dijo— no tienes tonsura. No sabes dónde te has metido. Todos te conocen de sacerdote y religioso.

Basta con que uno de los bedeles te haya visto, para que te entregue al sindicato y sin más requilorios te fusilen, como lo han hecho con tantos religiosos. Para los de CNT y UGT el clero es franquista; han encontrado en los conventos y residencias armas, municiones, datos de espionaje a favor de los militares y de los fascistas. Si no todo es la verdad exacta, lo es con grandísima probabilidad”.

(p. 55)

Leyendo el diario vi que se anunciaban obras de teatro, a cargo de una compañía de actores perteneciente a la CNT. Como era casi una necesidad vital tener un carnet de alguna entidad admitida y poderosa, cual UGT o CNT, solicité uno de la CNT, que, viendo mi pasaporte, encantados de tener en ella todo un catedrático, me lo dieron especial. Iba con la compañía al teatro. Entrada para mí gratuita, y complacidísimos por mi asistencia. Al final de la representación se cantaba *La Internacional*. Cantada, cada uno se retiraba a su residencia. Con tales credenciales podía pasearme por la ciudad casi sin peligro. Y con oportunidad de encontrarme con alguno de los supervivientes.

Todavía a mitades de agosto, tras el primer mes de barbaridades, entre otras las padecidas por los religiosos –sus residencias quemadas, las iglesias aún humeantes–, en las calles caballos muertos..., la gente para evitar sospechas o persecución se refugiaba largas horas en los cines...

(p. 57)

En el mes de septiembre se reanudaban en Madrid las actividades, suspendidas por los calores extremados de julio y agosto. Comunicué al superior mi decisión de ir a Madrid. Un día, después de la comida, al mediodía, me arrodillé y pedí perdón a la comunidad por los malos ejemplos que había dado, a la vez que agradecía su fraternal y generosa hospitalidad. Todos nos retiramos a hacer la consabida y española siesta. Subí a mi celda, me despojé de la sotana, la colgué en el armario; me vestí íntegramente de seglar, cogí mi maleta, bajé; pero en vez de pasar por la portería, salí por la iglesia. Me hallé en la calle. Me sentí libre, por primera vez en mi vida.

(p. 68)

Advertencias previas

1. “Nadie es buen juez en causa propia” nos advierte el refrán. Pero podría haber añadido: “si no quiere serlo”. Que, si quiere serlo, no hay nadie mejor que uno para ser juez de sí mismo. Nadie tiene más datos y más de primera mano que uno mismo respecto de sí mismo.

En esta autobiografía me he propuesto ser buen juez en causa propia respecto de mi vida *intelectual* –no respecto de mi vida religiosa, científica, literaria, musical, estética... y teológica.

2. Se trata de historia, hecha desde mis ochenta años. Hecha y, sea dicho sinceramente, *rehecha* de memoria que ha actuado en sus dos funciones: a) recordar, b) seleccionar. *Imprimir un texto*, una estadística de datos sobre aciertos y errores; y *elaborar un contexto* según criterios, benévolo de ordinario, que cada uno puede llegar a reconocer, a confesar, cual suyos, como definidores de su (pretendida, siempre y de todos) personalidad. Mi historia, mi autobiografía, no es, pues, imparcial. Tal vez incluya no tanto lo que he sido, lo que habría querido ser o cómo habría querido verme después de cincuenta o sesenta años de actividad intelectual. Que desde los veinte (1921) comenzaron a lloverme ideas sobre todo-dios, mundo, vida, naturaleza, inmortalidad...; y fueron calando, sedimentándose, tranquila y constantemente, en *fondo* del que aflorarían posteriormente en momentos impensados, con fuerza impresionante, bajo choques de dos tipos: a) choques filosóficos contra tal fondo filosófico; b) choques científicos contra ese mismo fondo. Incluye pues, esta autobiografía dos partes de un *Todo*:

(A) Choques filosóficos contra el *Fondo* filosófico inicial, depositado durante unos veinte años (1918-1928).

(B) Choques científicos contra el *Fondo* filosófico de unos sesenta años (1918-1980).

(A) Choques filosóficos contra el *Fondo filosófico inicial*

Mi fondo filosófico veinteañero se constituye por calar año tras año, curso tras curso, en mi inteligencia de filosofía aristotélico-tomista.

Primer choque. Obras (en latín) de Farges-Barbedette, Gredt, Marxuach, Liberadora, Zigliara, Sanseverino, Urráburu... (mediocridad plúmbea); obras (en latín) de Suárez (*Disputaciones metafísicas*), *Curso filosófico tomístico* de Juan de Santo Tomás (de áurea mediocridad), mediocridades no remediadas por Mercier, Nyss, Renoirte, Maréchal... y que de no haber sido por los choques filosóficos de que voy a hablar, hubieran hecho de mí una mediocridad filosófica de este tipo híbrido, infecundo filosóficamente que es la filosofía aristotélico-tomista. Por suerte Dios (o Alá) es grande y misericordioso.

El primer choque filosófico contra tal Fondo me vino del cardenal Cayetano (Tomás de Vío, 1468-1534): el único comentador genial, y pensador original, de santo Tomás y de un tomismo no cruzado aún con aristotelismo dogmático, escolastiquero y pedagógico clerical.

Sus comentarios, amplísimos y geniales, al brevísimo y elemental opúsculo de santo Tomás “De ente et essencia” y a la *Summa Theologica* fueron para mí choques contra esas mediocridades, plúmbea o áurea: choque, aquella valentía de Cayetano acerca de transcendencia (*Deus et supra unum et supra trinum...*), acerca de tipos y grados de identidad, su interpretación audaz de la transustanciación –ónticamente tratada, frente a lo parcial de trans-*formación*, trans-*materialización*... audacias que daban al traste, valiente y consecuentemente aplicadas, al aristotelismo y tomismo escolar. Pan nuestro intelectual y filosófico de todos los días de tantos años (1918-1928). Pan nuestro de cada día y de cada curso, dado por mí a devotos estudiantes, que traté de mantener y de mantenerme con él, a pesar de todo, en obras mías (en latín) cual *De rebus metaphisice perfectis* (1930), *De methaphysica multitudinis ordianatione* (1928).

El *segundo choque filosófico* contra el Fondo aristotélico-tomista lo recibí en la Universidad de Munich en que, cual estudiante, cursaba matemáticas y física, para tratar, ¡oh iluso y benévolo!, de hacer una filosofía de las ciencias a tono con mi fondo aristotélico-tomista, tenido y vivido aún cual el *único* sistema de pensamiento, la *única* verdad en filosofía; cual el *único* lenguaje en que expresarse y entender y darse a entender, y el *único* cuerpo de doctrina sinceramente, concienzadamente, vivible.

Unicidad de verdad, *unicidad* de veracidad, *unicidad* de sinceridad. Dicho en términos modernos: *monopolio* de verdad, veracidad y sinceridad filosóficas; y *monopsonio*: unicidad de alimento intelectual para todos y cada uno de los filosofantes.

¿Quién no defendería, aun en día, tal monopolio y monopsonio en filosofía, no tan sólo aristotélico-tomista, sino kantiana, marxista, existencialista, positivista, fenomenológica...?

Yo intenté, con la mejor buena fe y conmovedora inocencia, defender –tal me lo parece a mis 80 años– todos esos *mono*: unicidades. ¿Comodidades – vitales, religiosas, políticas...?

A mis 28 años había leído a Kant –*Crítica de la razón pura*– sobre todo.

Tiene razón Antonio Machado al decir que una “cosa es leer y otra haber entendido”.

Después de seguir el curso de física teórica y experimental en formulación newtoniana, caí en cuenta –fue choque filosófico– de que el prólogo de Kant a la segunda edición de *Crítica*, y la consecuente refundición de toda la obra, en especial de la deducción trascendental de las categorías, implicaban, y eran, la teoría del conocimiento capaz de dar razón del *factum*, o hecho y hazaña, de la ciencia matemática (Tales, Teeteto...), física (Galileo, Torricelli), tal cual hacían acto de presencia y eficiencia en el Renacimiento y siglos posteriores. Las categorías hacían realmente posible tal tipo de ciencia y experiencia (aparatos y experimentos físico-matemáticos), con cálculo algebraico e infinitesimal, con

sentidos nuevos –telescopio, barómetro, balanza, planos inclinados, las cinco potencias: rueda, cuña, tornillo, palanca...; todo lo cual y lo a ello seciente y afín no podía explicarse ni obtenerse con esotros procedimientos y enseres mentales de esencia-existencia, potencia-acto, materia-forma, sustancia-accidentes que, con toda su pretenciosidad de esenciales, son incapaces de llegar a la fórmula más elemental de caída de los cuerpos, de la ley de gravitación de la realidad de geometría analítica, del álgebra, clásica ya; todo ello implicaba saltos de género a género, inaceptables ya entre geometría y aritmética, según Aristóteles. Todo ello: esencia-existencia, potencia-acto, sustancia-accidentes, materia-forma, *objectum formale quod y quo*, son vaguedades conceptuales, realmente inoperantes, que dan la ilusión de una coherencia sintáctica, tan vaga como ellas. No son, dicho en terminología kantiana, condiciones que hacen realmente, determinada y matemáticamente posible, la experiencia y la ciencia física moderna.

¿Quién es capaz de deducir, homogéneamente, de que “peso es el acto de tendencia de todo cuerpo hacia el centro del universo”, la fórmula elementalísima de $z = \frac{1}{2} gt^2$? No digamos, ahora, las fórmulas matemática y experimentalmente finísimas que hacen *realmente* posible o *factible* enviar lunanautas y pasearse por el cielo. Ascender a los cielos.

El choque que recibió de Newton mi fondo aristotélico-tomista deshizo tal híbrido. Y en realidad me mostró la necesidad de otra teoría del conocimiento. *Crítica de la Razón pura*. Sustituir esencia por proyecto (*Entwurf*).

Un intento de salvar tal fondo querido, abrigado cuidadosamente, fue mi obra *Ensayo sobre las consecuencias físico-matemáticas de la teoría tomista de materia y forma* (1933).

Tercer choque de filosofía contra filosofía de Fondo, secretamente querido. El hecho de la ciencia físico-matemático-instrumental imponía nueva teoría del conocimiento. Mas el *hecho*, resaltante ya, insoslayable, impostergable de la ciencia económico clásica (Smith, Ricardo...) y de la industria, deshacía esotro híbrido infecundo históricamente de sociología, hecha de política de Aristóteles y de iglesia tomista (teocracia, monarquía teocrática). Caí en cuenta de ello en 1936, leyendo los *Manuscritos económico-filosóficos* de Marx, recién dados a la publicidad. Me convencí de la necesidad de estudiar economía. No la de Aristóteles o d Jenofonte..., sino la clásica ya y sus formas posteriores de que todos, de buena o mala gana, vivimos.

Acusé el golpe, el choque. Reponerme de él tardará aún muchos años. Tal vez hasta 1960.

Cuarto choque de filosofía contra filosofía de Fondo, cuidadosamente abrigado. Si Newton me llevó a Kant, Kant pasó a fondo querido, cuidadosamente tratado, meticulosamente estudiado. En 1942, lejos ya de España, allá en tierras de la nueva España –México–, la lectura de *Kant und das Problem der Metaphysik* de Heidegger fue un choque contra lo que de metafísica conservaba en el Fondo. El choque no me lo dio *Sein und Zeit*, a pesar de que el planteamiento inicial mismo de tal obra es de estilo metafísico clásico, Aristóteles. La metafísica, dice Heidegger en *Kant und das Problem...*, no es una teoría; es un *acontecimiento (Geschehen)*: toda una *irrupción (Einbruch)* que en Ser hace ese ente concreto que es el hombre Irrupción que descompone al ser en entes: y a éstos, en enseres (*Zeug*). Si así fuera –y Heidegger muestra cómo se produce en Kant mismo eso de que la *filosofía primera considera al ser en cuanto ser y lo que en cuanto ser le conviene*: tal es la caracterización y tarea que Aristóteles le señala, y se señala, y en ello trabajaron abnegadamente los medievales–, resultaría deshecha, deshecho el Ser, por una *irrupción*, no por una refutación u olvido. La coherencia máxima del ser, el Ser parmanídeo, no resiste la irrupción de un ente cuyo privilegio y faena en el orden de lo real es, cual la de la bomba atómica (recién descubierta y empleada), deshacer el ser en entes –la materia, en radiación.

Kant und das Problem der Metaphysik, segunda parte de *Sein und Zeit* (tal la creyó Heidegger por un tiempo) destruyó la primera. Tanto que Heidegger notó no poder continuarla. *Kant und das Problem...* es la bomba atómica, filosófica, de *Sein und Zeit*. Y lo fue de lo que de metafísica (ontológica general) quedaba en mi Fondo.

Quinto choque de filosofía contra filosofía de Fondo. En 1945 leí por primera vez, lo he releído muchas más (trece), *Process and Reality* de Whitehead. Su esquema categorial incluye 27 categoriales, siendo el primero y principal el de creatividad: novedad, avance creador, advenimiento de novedades, emergencia de nexos nuevos... “Creatividad es lo universal más universal: la característica de lo realmente real”. “Creatividad es el principio de novedad”. “El principio metafísico último es el avance desde disyunción a conyunción, creador de entidad nueva diferente de las entidades dadas en disyunción...”

Ser(on) se dice en plural (*pollachos*), así ya Aristóteles (*Metafísica*, 1028 a).

Ser(se) deshace en entes, por irrupción del Hombre (Heidegger).

(Whitehead):

Creador se deshace en creaturas.

Creación se deshace en creaciones, creatividades, en novedades.

Creaturas, creaciones, novedades se rehacen en novedades.

Ambos, Dios y Mundo, están agarrados por ese fundamento metafísico que es el avance creador hacia novedad. Cada uno de ellos, Dios y Mundo, es instrumento de novedad para el otro.

Kant y el problema de la metafísica, Heidegger, 1959.

Proceso y realidad, Whitehead, 1929.

¿*Creatividad*: novedad, emergencia, espontaneidad... *categorial superior* a ser y a categorías aristotélicas y kantianas, inclusive a la función de irrupción del hombre en el Ser y su deshacimiento en seres, de Heidegger?

Tal propone, y discute larga y concienzudamente, Whitehead, lógico y coautor con Russell de *Principia mathematica*, matemático él mismo y físico en quien, por irrupción surge esa concepción del ser, de dios y del mundo, como irrupción de novedades, espontaneidades, creaciones, recreaciones... ¿Concepción radiactiva del ser? ¿Explosión del Ser en seres? Mas todo ello apunta al tema: autobiografía teológica. Falta aún considerar antes de abandonar el tema de esta primera parte, la (B).

(Juan David García Bacca, “Autobiografía intelectual”, *Confesiones. Autobiografía íntima y exterior*, Anthropos Editorial, Barcelona, 2000, pp. 119-125)

(B) Choques científicos contra el Fondo filosófico

Choque primero: contra las nociones aristotélico-tomistas de finito e infinito. Todavía intactas, inatacadas en 1928.

Por entonces cayó en mis manos, en mis ojos, la *Einleitung in die Mengenlehre*, de Fränkel (edic.1928). Y por ella me enteré de los transfinitos de Cantor. Mejor, chocaron estruendosamente con mis nociones de finito e *infinito*.

Para el griego Aristóteles, lo finito definible, llegado a definido –y expresado en definición– está ya en estado perfecto (en-telequia). Lo finito definido es perfecto. Infinito es, por ello, indefinido, in-definible, in-determinado: imperfecto. *Apeiron* significaba todo eso. Ningún griego consideró como atributo digno de ningún ser lo de *infinito*. Tomás de Aquino, provenga de lo que proviniera la inversión, creará que *infinito* es atributo supremo: que infinito es lo máximamente definido: máximamente perfecto. Constitutivo digno de Dios. Y tono (modo) en que se hallan siendo todos sus atributos –sabiduría, bondad, justicia, poder... Y, por inversión, todo lo finito, lo bien definido, es imperfecto. No cabían mayores inversiones de lo griego. Inversión que es realmente un *híbrido* aristotélico-tomista.

Entre finito e infinito se da lo transfinito, perfectamente definido por leyes propias determinadas. A las preguntas, v.gr., “¿cuántas son infinitas ideas, infinitos conceptos, infinitas creaturas...?” no basta con decir y probar vagamente que son infinitas. Con Cantor se puede ya preguntar “¿son tantas o tantos cuantos los números enteros, los algebraicos, los trascendentes, los reales...?” Si Dios, por ejemplo, tiene infinitas ideas, y puede crear infinitos seres... ¿cuántos? Tantos cuantos los enteros, los reales? Y ¿con qué orden entre ellos? ¿Contarlos con qué transfinito, cardinal y ordinal?

El híbrido-infecundo matemáticamente: cardinal y ordinalmente de *infinito*, aristotélico-tomista, deshácese por los transfinitos de Cantor, tratados no sólo como y con números, sino con *conjuntos*; que su teoría es lo que la escolástica denominó unidad y multitud trascendental, superior y diversa de la cuantitativa finita. A unidad y multitud dedica Tomás de Aquino dos artículos en la cuestión XI de la primera parte de la *Suma*. Los transfinitos, cardinales y ordinales, desdefinen lo finito y deshacen la vaguedad de infinito, Espacio, tiempo, número continuo, movimiento... dejan de ser finitos o infinitos en potencia, jamás infinitos en acto; mas pudieran ser transfinitos, perfectamente determinados por funciones, por leyes matemáticas. La vaguedad del híbrido finito-infinito deshace la teoría de los transfinitos cardinales y ordinales. A mis 26 años yo sentí el choque, y los destrozos que causaba. ¿Cuántos aristotélico-tomistas lo han sentido, y valiente y sinceramente aplicándolo a todo: *a todo dios*?

Choque segundo: Lógica matemática (simbólica, formal, teórica) de Hilbert-Ackermann (*Grundzüge der theoretischen Logik*, 1928)

Descubierto en el anticuariado de Kitzinger (en Munich) —y adquirido para lectura durante el viaje de vacaciones de Alemania a España entre los semestres de verano e invierno (1929-1930)—, trocóse de curiosidad en *choque*. ¿Tratamiento calculatorio de la lógica? Perfecto —esto fuera lo de menos. *Axiomático*, y esto es lo definitivo. Todas las leyes lógicas conocidas— desde principios cual identidad, contradicción, disyunción... pueden deducirse de cuatro axiomas y dos reglas.

El paso, o descenso, de ser principio a ser secuela: de *principios* de identidad, contradicción... a *teoremas*, a demostrados... invertía su posición y valor en lógica aristotélica y pasaban a ser principios, o axiomas, fórmulas más hondas, y extrañas, que regían a la lógica aristotélica, y la reducían a lógica derivada: a caso insignificante de una lógica más fundamental. Respecto de semejante lógica todos los tipos de proposiciones –teológicas, filosóficas, físicas, matemáticas...– descendían al mismo nivel para todas: a casos de fórmulas. Tanto, y más, que los números enteros son casos insignificantes de una fórmula algebraica.

Que la abstracción lógica es la suprema, y constitutiva de la ciencia lógica, desciende a ser caso tan vulgar como la abstracción física.

Choque tercero: de axiomática general contra filosofía de Fondo.

La obra *Grundlagen der Geometrie*, de Hilbert, es de 1900. Pero actuó sobre mí cual choque al ponerme el año 1944 a traducir y valorar filosóficamente los *Los elementos de Geometría* en Euclides (edición UNAM). Hilbert presenta una axiomática perfecta que incluye no sólo los axiomas catalogados explícitamente por Euclides, sino los implícitos y actuantes. Total 20, en cinco grupos; en contraste con los cinco postulados (aitémata), de Euclides. Pero lo decisivo no es tanto el número explícito de lo implícitamente contenido y actuante, sino que los axiomas (20) son no sólo compatibles o no contradictorios entre sí; ni lo es el que sean suficientes (completud) para demostrar todos los teoremas conocidos y los por conocer si se los formula con las nociones básicas; sino que son independientes unos de otros. Lo cual viene a decir que se puede afirmar o negar uno, conservando los demás; y son posibles, e igualmente válidas, otras. Así el “postulado de las paralelas” (en III, en Hilbert: el V, en Euclides), por ser independiente de todos los demás puede ser tomado afirmativa o negativamente, “Que no cabe más que una paralela, etc., que cabe más de una, que no cabe ninguna”. Que son, pues, equiposibles y equicientíficas geometrías cual la euclídea, la riemannna, la de Bolyai. Y así respecto de todos y de cada uno de los restantes 20 axiomas. Pluralidad de geometrías.

La geometría, que parecía por siglos y aun milenios, ser la única posible; la monopolizadora de la verdad geométrica, resulta, estudiada axiomáticamente, una entre más. La unicidad geométrica no existe. Como se sabe, no hay algo así como única aritmética posible... Todo lo cual viene a decirnos –vino a decirlo a quien todavía creía, con conciencia científica tranquila, que la verdad en todos los órdenes es no sólo una, sino única– que *Verdad* es un plural; tanto, por decirlo así, como *Flor* es dichosamente un plural; *flores*; y *Fruta* es, saboreable, en *frutas*. *Verdad* ¿no será, dichosa y visiblemente, *verdades*? *Verdad* geométrica, aritmética, filosófica, teológica, moral... ¿no será real, dichosamente, visiblemente, *verdades* geométricas...teológicas...?

Choque, golpe –descomunal, desconcertante– contra unicidad de *Verdad*; ¿y contra los *monopolios* que por tal *unicidad* se justifican y practican?

Choque cuarto contra la preeminencia de la proposición. Hablar en proposiciones –no en exclamaciones, deseos, oraciones, maldiciones o bendiciones, himnos, alabanzas...– pareciera y me lo pareció durante tantos y tantos años, a mí, y es lo menos importante, sino a todos los lógicos, comenzando por Aristóteles, ser condición necesaria para hablar científicamente –filosóficamente, teológicamente, matemáticamente... Pero allá, en 1934, en el curso de filosofía de las ciencias que estaba dando, inaugurando, en la Universidad Autónoma (con la autonomía otorgada por la República de Cataluña) me serví de la obra *Concepto de sustancia y concepto de función*, de Cassirer (publicada en 1910). Al estudiar ese año –“no es lo mismo leer que entender lo leído”. A. Machado, tenía razón una vez más– el choque que yo recibí, lo transmití, me consta, a mis oyentes. Pocos y escogidos. Con proposiciones: modelo, las viejas: “El hombre es animal racional” o “dos es par”... se podía hablar de todo –tal se creía–; a una sustancia con carácter de sujeto podía, y tenía que, atribuirse predicados. Y al asignarle todos y solos los suyos resultaba *definición*. Así se hablaba y tenía que hablar; y no había otra manera correcta de hablar de todo: de dios, dioses, héroes, hombre, números, figuras, virtudes, vicios, luna y sol, agua y fuego... La estructura

“sustancia y propiedades de ella” subtendía y justificaba la estructura del sujeto y predicado, la de proposición enunciativa. La óptica regía la *onto-logía* y la *lógica*. Pero la ciencia, a partir del Renacimiento, tuvo que inventar lenguaje nuevo: el matemático, en que no hay ni sujeto ni predicado, ni afirmación ni negación, ni sintaxis gramatical, ni ortografía, regida por la lengua y no hay ni vocales ni consonantes... La gramática científica –aritmética, algebraica, analítica... y, por tanto, la gramática de la física matemática, de una geometría analítica, se rigen por otra estructura: la de *función*.

La fórmula más sencilla –delicada y aprovechadamente traída por Cassirer– en tal obra: la fórmula cuadrática de las cónicas

$$x^2 + y^2 + axy + bx + cy + d = 0$$

no es legible, ni pronunciable, ni inteligible. Mas es aprovechable científicamente o intrinsecable reguladoramente en instrumentos. La necesidad que de la lengua natural –con vocales, consonantes, proposiciones...– tienen y han tenido, como necesidad natural, todos los conocimientos –teológicos, filosóficos, morales, políticos...– de siglos pasados, es necesidad dictada por la fisiología elemental del cuerpo humano. Es necesidad fisiológica, corporal: impuesta al alma por su cuerpo. ¿Qué hasta Dios ha tenido que hablarnos en tal lengua, y ha tenido que hablar él consigo mismo en tal tipo de lengua? En ella han tenido que hablar, y han creído que era la *única* manera de hablar todos: Platón, Aristóteles, Tomás de Aquino...

El monopolio de la lengua natural y de su gramática, queda destruido por el invento, no natural, de la lengua matemática, algebraica, simbólica. O, reducido a la afirmación de Cassirer: el concepto de sustancia ha quedado sobreseído, sustituido, por el de función.

De golpe de *función* no se puede reponer el de *sustancia*. Si todavía hablamos según gramática natural proviene de la fisiología; no de ninguna clase de palabra “divina”. ¿Todavía pediremos que Dios nos hable en hebreo,

latín, griego, castellano...? ¿Qué nos tenga que hablar en estilo fisiológico? Si ya no tenemos que hablar de nada, de lo más profundo, sutil y potente de lo real —en física, química, astronomía...— con lenguaje natural, fisiológico, ¿por qué no pedir a Dios o a los hombres, o algunos de ellos para comenzar, que nos hable en lenguaje funcional, matemático, simbólico, formal? Tales lenguajes funcionales ¿no podrán ser ya lenguaje en que Dios, conciencia, fondo del universo se nos revelen? ¿No se está usando para pasearse por el cielo el lenguaje funcional? Para estos, y parecidos interrogantes, me remiten a autobiografía teológica —excluida del trabajo, confesión actual.

Quinto choque: el científico contra la estructura filosófica de la ciencia. Como estudiante de física teórica en Munich había seguido las lecciones de Sommerfeld sobre teoría de la relatividad. Él fue el primero que aplicó tal teoría a la estructura de las líneas espectrales de los átomos (*Atombau und Spektrallinien*, 1929).

Pero, una vez más, modulando la sentencia de Machado, “una cosa es haber seguido un curso de teoría de la relatividad; y otra haber percibido, entendido el golpe, el choque que su originalidad daba a la teoría de la ciencia”; y en mi caso, a la teoría clásica aristotélico-tomista. El golpe descendió, dicho en terminología de Freud, a la subconciencia. La teoría aristotélico-tomista reprimió, represó, el golpe, hasta 1941 en que publiqué en México (editorial Séneca) un volumen entero de 295 páginas dedicado a teoría de la relatividad —memorias fundamentales de Lorenz, Minkowski, *Einstein*, Weyl, axiomática de Reichenbach, con introducciones y notas. El prólogo a tal obra, en sus 58 páginas, acusaba el golpe; salíale a la cara de la teoría aristotélico-tomista. ¿En qué se condensaba y conocía el golpe?

Según los analíticos posteriores de Aristóteles, la ciencia es un contexto de proposiciones verdaderas, evidentes, ciertas, firmes, necesarias. Digamos breve y resumidamente que “ciencia es un contexto de proposiciones en un tono (modo) de verdad necesaria”. Por *necesario* no puede, tiene más bien,

que desarrollarse según las correlaciones de principio a secuelas, de axiomas a teoremas. La ciencia, así constituida, no puede ser refutada por hechos: no puede progresar por experimentos. ¿Qué clase de hechos, de sucesos, podrían demostrar o destruir los principios de la lógica, constituida en ciencia, en estado científico? ¿Qué experimento –trato artificial– pudieran destruir, refutar, el teorema de Pitágoras? Todo lo que esté en *estado de ciencia* es inmutable, eterno, necesario, irrefutable, No hay, ni puede haber, hechos en contras, experimentos en contra. Pues bien: un *hecho*: la igualdad de masa inercial y gravitatoria y un *experimento*: el del interferómetro de Michelson no destruyen, propiamente, la ciencia física newtoniana, o física en *estado de ciencia* matemática; hacen un efecto espectacular, imprevisible e inconcebible: surgimiento de una ciencia física nueva que reduce la newtoniana a caso particular, sin privilegio de *unicidad* de verdad; y ciencia de nuevo estilo porque entra en sus leyes matemáticas un *hecho*: la constancia de la velocidad de la luz; su carácter de velocidad máxima: su valor de 300.000 km por seg. Y además llevan sus fórmulas incrustadas una relación fáctica: la igualdad de masa inercial y gravitatoria. Y tal tipo de ciencia compleja: de ciencia y experiencia, de funciones y aparatos, de ley y de hechos, hace progresar la ciencia; no por evolución homogénea, por desimplicación de lo idéntico, por virtud del principio de identidad mediata o inmediata.

Ciencia de tipo sintético *a priori*, con incrustaciones de sintético *a posteriori*. Montaña con diamantes.

Sexto choque contra la teoría aristotélico-tomista de la individualidad. Teoría cuántica de Heisenberg.

Todavía en mis años de Munich (1929-1931) se comentaba en la universidad el fracaso de una teoría de Heisenberg sobre la superconductividad de ciertos metales. Por natural curiosidad leí sus *Principios físicos de la teoría cuántica* (1950). Pero, una vez más, se cumplió lo de Machado que no es lo mismo leer que haber entendido; sobre todo, entendido filosóficamente, y aperebídose del golpe demoledor que asestaba a ciertos conceptos filosóficos clásicos ya hasta

en la física newtoniana y la relativista; y aun en las teorías atómicas de Bohr... Me sentí en 1941 golpeado en el *principio filosófico* clásico, adoptado inocentemente hasta por físicos, *de individuación*. Todo lo real y todo lo de todo lo real no puede ser real sino individuado. La unidad de individualidad es condición para ser real. Dicho fraseológicamente: tienen sentido real las proposiciones “*este* hombre tiene *esta* razón y tiene *esta* voluntad y tiene *este* lugar en *este* momento y con esta *cantidad* de movimiento y este color... y en *esta* sustancia, y tiene *estas* accidentes y es *este* hombre”. Todo lo real es, está, necesariamente, individuado y tiene, *a la vez, en unidad*, individuado todo: desde ser, por sustancia... hasta esta cantidad... Inclusive cuando se dice, con su poquito de novela filosófica-teológica que los espíritus (los ángeles) son cada uno de una especie, esa unidad de especie es su unidad individual. No hay, ni puede haber, más que un Gabriel. Los físicos clásicos, como Newton, y aun los físicos cuánticos, como Bohr, creían, sin más que no sólo tienen sentido científico físico –sino además tal sentido físico es experimentalmente comprobable– las frases o programas experimentales: este electrón pasa en *este* momento por esta rendija con esta cantidad de movimiento. ¿Todo individuo físico –protón, electrón, fotón, *a fortiori* sol, luna... hombre...– es *este, único*; y tiene *estifactas*, a la vez, de una vez todas sus propiedades, sobre todo las básicas: masa, lugar, energía, tiempo, momento...

Pero Heisenberg –prescindamos de los motivos que llevaron a sospechar primero, programar después y estudiar los experimentos que creían regirse por tal principio de total individuación de toda categoría física, y notar su fracaso–, afirmó que la realidad estaba regida simultáneamente por un principio de indeterminación, en virtud del cual la individuación de una categoría, o magnitud, llevaba adjunta la desindividuación de su conjugada. Que, por ejemplo, si un (*este*) electrón pasa por *esta* rendija (*está, pues, en este lugar*), su cantidad de movimiento (*impulso*) queda indeterminado, *desindividualizado*; diría, se lo dijo a sí mismo el autobiografiado. Mas, para desconsuelo de filósofos ignorantes de física y matemáticas –y consolados con lo que dice la frase, mal traducida, de “principio de incertidumbre”– tal indeterminación, no sólo consiguiente, sino

simultánea con determinación dentro de una misma realidad, está formulada en fórmula *determinadísima; la famosa de*

$$pq - qp = h/2\pi i$$

que fija el ámbito de la indeterminación de la categoría o magnitud conjugada de *esta* realidad.

Para desconuelo del breve consuelo, tal principio, tal determinación simultánea, a la vez y a la una, con determinación, afecta a las realidades básicas de nuestro universo, y del hombre: átomos, electrones, protones, moléculas... y aun a cuerpos cual sol, luna; y la misma fórmula indica la magnitud de tal individuación desindividuable. Magnitud inexperimentable por ahora, dada la finura actual de los instrumentos, en ciertas realidades, pero experimentable y experimentada en los componentes básicos del universo y cada uno de nosotros.

Dicho ya clara, distinta y escandalosamente: el individuo no tiene, ni puede tener todo lo suyo en el mismo grado de individuación. La individuación en *esta* categoría (cantidad, movimiento, masa, energía...) disindividúa, según ley, según fórmula, otra categoría de las tenidas por individuadas. La individuación desindividúa. No hay principio de individuación. Mas desindividuar, por haber individuado, es una real y original manera de universalizar. Ningún individuo puede llegar a ser *mónada*.

Si los átomos, moléculas, electrones... de cada uno de nosotros no pueden ser *míos*, a la vez, a la una, en todas esas categorías, tan fundamentales como posición en el lugar y cantidad de movimiento, o duración y energía...yo, *este*,

Hombre –Sócrates, Jesús... J.D.G.B.– somos y tenemos que ser a la vez, a la una, *este-y-universal*; este en *universo*, vinculados este y universo en la misma realidad, y según ley físico-matemática. Nada de vaguedades.

Sólo en cuerpos, vivientes o no, grandes –cual los de hombre... sol... luna...– el componente de desindividucción, de cosmicidad, resulta tan pequeño –con pequeñez, no obstante calculable y en principio observable– que pudo

pasar desapercibida, y lo pasó, para Platón, Aristóteles, Tomás de Aquino... Newton, Lapace y Bohr mismo.

¿Hasta cuándo pasará desapercibida, en sus secuelas filosóficas, para los filósofos, para los filósofos actuales? ¿Por qué se han de dar por enterados de que han venido al mundo Heisenberg, Born, Jordan, Schrödinger... a perturbar la tranquilidad evidente, del *principio de individuación*? ¿Yo no soy íntegramente yo? ¿Lo mío no es íntegramente mío? ¿Limitación aun del Yo trascendental?

Séptimo choque científico contra las modalidades filosóficas. Posible, real, necesario son las modalidades, o tonalidades, que pueden afectar, en principio, a los seres y a todo lo de ellos. En verdad “ser no se puede ser sino siéndolo *realmente*”. Lo necesario es necesariamente real; tiene que llegar a ser necesariamente *real*; y lo posible degenera en imposible, en inconcebible, si no es, si no llega a ser, real. Necesario, real, posible son *modos*; no son atributos –cual racional, sustancia, cantidad, acción, relación, viviente...– que puedan constituir seres. A el Necesario no corresponde nada, ningún ente; cual sólo eso de “Do mayor” no constituye ni suena a melodía o tema o sinfonía musical alguna, Igual se diría de *lo posible* o *lo real*.

Las modalidades compuestas –trabalenguas y trabaconceptos, para los clásicos desde Aristóteles– “necesariamente real, necesariamente posible, posiblemente real, posiblemente necesariamente real, realmente posible”... NR, NP, PR, PNR. RRA, NNP, etc., no pueden ser constitutivos de ningún ente. Al NNN nada puede corresponder –cual nada resuena ni puede, a ello sólo sonar a Do menor, Mi bemol mayor, Fa mayor...

El necesariamente posible, el necesariamente real, son tonalidades sin música –sinfonía, sonata...; sin *entes*– Dios, dioses... vivientes, números, fórmulas...

La interpretación estadístico-probabilística de Born y Jordan, y los diversos tipos de estadísticas cuánticas, rectoras de las partículas fundamentales del universo –electrones, protones, fotones... que son las *nuestras*; y aun el

tratamiento estadístico de nebulosas, gases, en el universo, en el cielo— todo ello resumido en la frase, escandalosa física y filosóficamente, de “concepción probabilística del universo” me hizo sospechar —la sospecha es atentado filosófico— que probabilidad, cálculo de probabilidades, no sólo *sustituía* ventajosamente, con ventaja para este tipo de ser real, comprobable aun instrumentalmente su realidad, sino que *era constitutivo* de toda realidad, adaptable a cada tipo de ella. A *el* Necesario, o a *Lo* Necesario nada responde; igualmente, a lo imposible nada corresponde. Pero “máximamente probable, mínimamente probable, mayormente probable” constituyen la original curva de Gauss, que hasta las compañías de seguros provechosamente explotan, y explotamos al asegurarnos. El procedimiento estadístico es experiencia de realidad. La probabilidad tiene leyes matemáticas; desde Pascal se sabe y aplica. A las palabras y conceptos vagos de “azar, suerte, contingencia, ventura” nada responde.

En 1949 publicaba Max Born la obra *Natural Philosophy of Cause and Chance*. Causa y determinismo van unidos. Y Causa suprema, primera, y determinismo van superlativamente unidos. Los teólogos lo supieron. Predestinación ¿compatible con libertad? Max Born trata de demostrar a lo largo de la obra que Azar, Probabilidad, Cálculo de Probabilidades dominan lo real, sin producir determinismo causal.

Causalidad, determinismo, necesidad son trío adorado de la filosofía natural, física, desde Newton, hasta Einstein inclusive.

“Probabilidad, vida, libertad” son el nuevo trío que Born propone en el capítulo final de la obra con el título *Methaphysical Conclusions*.

Al leerla, y estudiarla en 1956 para que coincidieran *leer y entender* me di por aludido, y se sobresaltaron, saltaron en trozos, las modalidades clásicas, tan bien avenidas: posible-real-necesario.

De tantos, y tan variados choques ¿qué queda, partes o trozos? ¿O sólo destrozos? ¿Se habría cumplido en mí la sentencia misteriosa, maliciosa, de Heráclito: “el universo más bello no es sino un puñado de desperdicios echados a voleo”? ¿El universo filosófico más bello, mejor estructurado, cual parecen

serlo el griego, el medieval y el kantiano... habrán resultado, por tales choques filosóficos unos, científicos otros, desperdicios echados a voleo?

Sea de ello lo que fuere, dos refranes me aconsejan y alientan: “no se puede repicar e ir a la procesión”; “no se puede nadar y guardar la ropa”.

No se puede repicar a la filosofía, e ir en procesión –religiosa, política...

No se puede nadar en infinito, en transfinito, y guardar la ropa de un sistema filosófico, teológico, científico o de un Credo o de un Dogmaticario.

No puede ir en procesión alguna; no puedo guardar la ropa de ningún sistema. Prefiero nadar, y ahogarme; ser filósofo, a ser teólogo.

Transcendencia, transfinitud, transustanciación –¿idea fija, obsesión, megalomanía?

(pp. 119-137)



TAREAS PECULIARES DEL SER HUMANO
MEDITAR, CONTEMPLAR, NACER

Meditar

Palabra derivada del término *medir*, así, *meditabundo*, *meditador*, *meditación*.

Ello constituye la disolución interior de todo el proceso discursivo en un determinado tiempo. El resultado de todo ello sería la presencia del cero absoluto donde el espacio está plenamente vacío para que cada ser humano pueda construir el proyecto de su vida.

Contemplar

Mirarse atentamente en la intimidad del otro.

La esencia de la contemplación requiere, intrínsecamente, el diálogo y el encuentro con el otro, esto es dialogar para referirse a un íntimo cuestionamiento que únicamente el otro nos puede descubrir. Por eso mismo, contemplar, en definitiva, es tener contacto con el otro y vivir en la espera.

Las palabras expresan sentidos y experiencias diferentes, por eso los matices son importantes y significativos. El inicio de estos proyectos de solidaridad, entrega y dedicación requieren la singular energía del cosmos que habita en el interior de cada persona.

Contemplar es la búsqueda y el reconocimiento de la ausencia que se encarna en cada una de las criaturas como sombra y trasunto de todo aquello que inicialmente se puede experimentar. El otro es quien se esconde y mira calladamente el paso inquietante de una presencia que se oculta tras los símbolos para dar paso a un encuentro inefable.

Meditar y contemplar reflejan un contenido muy distinto. Ambos términos constituyen la traza de un método y camino de porvenir.

Nacer

Supone crear la vida como proyecto de evolución diferenciadora, innovadora y alternativa. Todo ello sugiere la presencia vigente de algunas fases expresivas como formulación de un porvenir original y distinto.

El proceso del nacimiento ha de encontrar siempre el momento de meditación y contemplación como experiencia, luz y camino metodológico que le lleva a la autoconstrucción de una nueva subjetividad íntima en armonía con el conjunto de los seres del cosmos.

La presencia de una nueva e íntima subjetividad constituye el canto maravilloso de alguien que aparece como único en el ámbito de una energía cósmica y presente en el contexto socio-histórico y físico de la vida.

La contemplación constituye el camino de la construcción de todo nacimiento. Belén es la imagen viva de todo aquello que arranca de cero y construye un sentido de la vida, por lo cual el nacimiento es un nuevo modo de pensar, de experimentar y de imaginar.

La escena de Belén nos proyecta la imagen de un nacimiento pobre, humilde, que llama e invita a participar de su novedad y a inventar un nuevo modo de ser cuya configuración interior define su propia iniciativa e identidad.

Tres sustancias, oro, incienso y mirra, adjetivan el entorno y definen los aromas y obsequios de algo que va a constituir el contexto de su crecimiento identitario. Lo que supone un compartir la experiencia de construir su vida más allá de toda referencia histórica o tradición.

El nacimiento supone abrirse a la luz y romper con el texto y el contexto de su medio cultural, elegir un camino que le lleve a decidir un destino, un modo de hacer y de construir su presencia en el tiempo.

Todo nacimiento habla de su futuro, de su porvenir, no del pasado. El nacimiento, pues, es un tiempo para inventar el porvenir de una vida.

La autoconstrucción de un proyecto de vida extraordinariamente maravilloso y singular ha de acerar los contenidos previos de su tradición. Y así el espacio cobija la invención y el aprendizaje de vivir.

La vida como epifanía de experiencias cambiantes y convincentes.

Tenemos la libertad de reescribir el guión sobre nuestra propia vida.

Somos co-creadores de nuestro argumento vital. El destino está en nuestras manos.

La singularidad es el argumento central de cada vida.

Hacia ello camina todo ser que forma parte de la urdimbre social.

El sujeto es comunidad, es decir, interacción constructiva cuya realización decide el contenido de su creatividad.

“Faltan palabras que sean capaces de nombrar el silencio”.

Contenido



LA PALABRA POÉTICA
MUESTRA OTRA DIMENSIÓN
DE LA REALIDAD

(13)



LA PALABRA POÉTICA
HABITA LA TRANSPARENCIA

(23)



MARÍA ZAMBRANO
UNA PENSADORA DEL EXILIO

(29)



JUAN DAVID GARCÍA BACCA
LA EXPERIENCIA DE LA CREATIVIDAD

(49)



TAREAS PECULIARES DEL SER HUMANO
MEDITAR, CONTEMPLAR, NACER

(75)

2014

El tiempo de un proyecto vital.

Deshacer la tela de la vida
para construir su singularidad
y solidaridad comunitaria.

O. Angel Nogueira De la Cruz

